

FUNERARIAMENTE SUYO.

CUATRO CAPÍTULOS DE *LA LUNA VIENE DEL ASIA*, DE CAMPOS DE CARVALHO

Selección, traducción y presentación de Manuel Barrós

mfbarroso@gmail.com

Pontificia Universidad Católica del Perú

Resumen: En esta oportunidad, Manuel Barrós presenta y traduce los primeros cuatro capítulos de *A lua vem da Ásia* (1956), novela del escritor brasileño Walter Campos de Carvalho. Estos dan a conocer parte del ideario del autor, así como algunos de los principales rasgos y temas de la poética de lo absurdo que desarrolló en su trabajo literario: ironía, irreverencia, humor crítico, sutileza e intertextualidad. Cabe añadir que esta es la primera vez que Campos de Carvalho es traducido al español. Por ello, al publicar estos cuatro capítulos, el traductor amplía el panorama que de la literatura brasileña se tiene en el Perú y en Latinoamérica.

Palabras clave: Walter Campos de Carvalho, *A lua vem da Ásia*, literatura brasileña, literatura de lo absurdo, traducción peruana.

FUNERALLY YOURS. FOUR CHAPTERS FROM *THE MOON COMES FROM ASIA*, BY CAMPOS DE CARVALHO

Abstract: In this opportunity, Manuel Barrós introduces and translates the first four chapters of *A lua vem da Ásia* [*The moon comes from Asia*] (1956), Brazilian writer Walter Campos de Carvalho's novel. These chapters let know some ideas of the author just as some of the most important characteristics and issues of the nonsense poetic that he developed in his literary work: irony, irreverence, critical

humor, subtlety and intertextuality. It should be added that this is the first time that Campos de Carvalho is translated to Spanish. Therefore, publishing these four chapters, the translator increases the scene of Brazilian literature in Peru and Latin America.

Keywords: Walter Campos de Carvalho, *A lua vem da Ásia*, Brazilian literature, Nonsense literature, Peruvian translation.

Funerariamente seu.
Campos de Carvalho
A lua vem da Ásia (1956)

Aunque no es un autor tan conocido como podría serlo, Walter Campos de Carvalho (1916-1998) viene teniendo una cierta presencia en Brasil a partir de la recepción que su obra ha alcanzado en el transcurso del siglo XXI. Las reediciones hechas por distintos sellos editoriales han vuelto a poner en circulación sus cuatro libros más conocidos¹: *A lua vem da Ásia* (1956), *Vaca de nariz sutil* (1961), *A chuva imóvel* (1963) y *O pícaro búlgaro* (1964). A esto hay que sumarle algunos trabajos académicos, una biografía, inéditos, testimonios y adaptaciones teatrales de sus obras que han complejizado y enriquecido lo que en los últimos años se ha difundido y escrito sobre Campos de Carvalho. Ciertamente es muy diferente que cuando estaba vivo, pues se lo leía poco y solo fue reconocido por contadas personas; entre estas, su gran amigo Jorge Amado, a quien le dedicó su segunda novela, y José Olympio, editor de Campos de Carvalho y de otros importantes nombres de la literatura brasileña del siglo XX. Él se hallaba lejos de las estéticas imperantes en la narrativa de su país —como el regionalismo o la militancia literaria— y nunca ganó un

¹ No hay que olvidar que Campos de Carvalho también publicó dos libros anteriores a esos cuatro —*Banda forra* (1941) y *Tribo* (1954)—, pero con el tiempo el autor renegó de estos últimos, desconsiderándolos como parte de su obra creativa. Por eso, lo dicho en la presentación solo se basa en los cuatro libros antes citados.

premio literario. Solo su primera y su tercera novela fueron traducidas al francés en 1976 y 1980, respectivamente.

A la fecha, no se ha traducido a Campos de Carvalho al español, aunque sí a otro gran referente de la literatura brasileña de lo absurdo. En este mismo número de *Cuadernos Literarios*, presento y traduzco cien bagatelas de Manoel Carlos Karam (1947-2007), narrador brasileño que también es desconocido por parte de la mayoría de lectores y académicos en Brasil y en Latinoamérica. Al igual que Campos de Carvalho, Karam se caracteriza por escribir en un código de humor y sutileza de estilo, tratando un determinado tema con esa actitud lúdica y crítica que singulariza su capacidad expresiva. De ahí que la presente publicación encuentre su referente más inmediato y más afín a su estética en la traducción del Karam de *Godot é uma árvore* (2014). No corresponde aquí desarrollar los posibles paralelismos de las propuestas de ambos autores en relación a la literatura en español. Solo anotaré que, como en toda lectura, acercarse a ellos deja preguntas y curiosidades por explorar. Por ejemplo, qué otras literaturas se entrevén en las obras de Campos de Carvalho y Karam; y qué otros importantes registros textuales, desarrollados en Brasil, aún se desconocen o no se valoran en su justa medida en la región.

La presente publicación da a conocer por primera vez en español la novela *A lua vem da Ásia* [*La luna viene del Asia*] (1956) de Campos de Carvalho. Más que contar lo que narra el libro —de qué trata o cómo se presentan sus contenidos—, resulta más propicio señalar lo que los primeros capítulos² le sugieren al lector. El tratamiento de los temas, las formas expresivas, las posiciones estéticas y políticas, los distintos tipos de humor, las estructuras, lo no dicho, la intertextualidad y la incidencia del narrador son algunos de los matices más importantes. Por eso, la presente publicación no solo difunde la parte inicial de una novela; sobre todo, sitúa al lector frente a la trama y la voz narrativa que se muestran con suficiente tensión y elocuencia para que su lectura no sea concluyente en relación a la historia que cuenta el libro. Los propios rasgos de los cuatro episodios aquí traducidos constituyen una muestra del conjunto de contenidos —en sus aspectos discursivos y formales— presentes en la novela. Por lo mismo, ellos forman parte fundamental de la poética del autor. Al traducirlos, procuré mantener en español los matices que sugieren sus rasgos expresivos y su puntuación en la medida de su pertinencia en la lengua de llegada. Así, pues, esta traducción

² Campos de Carvalho, W. (1997). “Capítulo primeiro”; “Capítulo 18º”; “Capítulo doze”; “(Sem capítulo)”. En *Obra reunida* (pp. 36-47) (2.ª ed.). Rio de Janeiro, Brasil: José Olympio.

SELECCIÓN, TRADUCCIÓN Y PRESENTACIÓN DE MANUEL BARRÓS

es un primer acercamiento a la obra de Walter Campos de Carvalho y una invitación para lo que, en el futuro, se conocerá de su vida y de su obra.

Manuel Barrós
Lima, abril de 2018

Capítulo primero

A los 16 años maté a mi profesor de lógica. Invocando la legítima defensa —¿y qué defensa sería más legítima?— logré ser absuelto por cinco votos contra dos y fui a vivir bajo un puente del Sena, aunque nunca haya estado en París.

Me dejé crecer la barba en pensamiento, compré un par de lentes para miope, y pasaba las noches espionando el cielo estrellado, un cigarro entre los dedos. Me llamaba, entonces, Adilson, pero luego cambié a Héctor, después a Ruy Barbo, después finalmente a Astrogildo, que es como aún me llamo hoy, cuando me llamo.

La primera mujer que tuve fue bajo el puente del Sena, en pleno corazón de mi París imaginario; y aún recuerdo que ella me sonreía con unos dientes que reflejaban las estrellas y los faroles del muelle adormecido, y me decía cosas en una lengua que yo no conocía. Le pagué al contado, y subí eufórico en dirección a una calle de donde venían sonidos de una mandolinata inenarrable, y que se desvanecía a medida que yo me aproximaba, y que acabó por desaparecer del todo. Me senté en el suelo, aturdido, encendí un cigarro y dejé que él se fumase por sí solo, y después morí tranquilamente, dentro de la noche serena.

Cuando desperté, ya un barrendero me alcanzaba el último periódico de la tarde, y entonces pude leer que una gran hecatombe tuvo lugar en la ciudad de Melbourne, en Australia, justamente mientras yo dormía. Lavé mi rostro con el llanto, le entregué el periódico a un niño ciego y salí corriendo por la primera calle que encontré al frente, hasta deparar con la estatua del mariscal Joffre montado a caballo.

Al día siguiente, como la guerra había estallado, me presenté ante un general de división que encontré distraído por el Bois de Boulogne, y él fue muy gentil conmigo, dándome una corneta y cinco mil francos para comprar un uniforme. Con la corneta toqué el *Danubio Azul*, pero con sordina, y con los cinco mil francos fui a una sesión de cine —una película de Clara Bow, si no me equivoco— y le di el resto a un mendigo que me pareció más honesto que los otros; más que yo, por lo menos. Al margen del Sena, me puse a pensar en las incertidumbres de la vida y lo absurdo de la guerra recién desencadenada entre Japón y China, hasta que el sueño me arremetiera contra las piedras, las manos abiertas como las de un cadáver.

Todo eso sobre mi pasado lo cuento para que se pueda tener una idea exacta de mi situación presente, después de que me tomaran por excéntrico y me arrojaron en este

hotel de lujo donde los camareros, el gerente y el subgerente andan todos de blanco, y tienen también los dientes blancos y no rojos o amarillos como todo el mundo. Lo cuento, también, porque para mí el día aquí tiene setenta y dos horas, y a veces hasta más, y necesito distraerme con cualquier cosa que no sean los mosquitos de la habitación o mi colección de palitos de fósforo, desde hace mucho superada y ya vendida a un nabab hindú que vive en el cuarto de al lado. Descubrí que, escribiendo la historia de mi vida, antes de que la escribieran los otros o de que no la escriba nadie, estaré prestando un servicio enorme no solo a la cultura, por aquello de – – –

(Fui obligado a interrumpir estas elucubraciones para tomar un plato de sopa que me trajo la gentil señora del gerente o del subgerente del hotel; de cualquier forma una señora respetable y bizca que a veces me toma la temperatura por el simple placer de serme agradable. Pero la sopa estaba bastante amarga, o así me pareció por lo menos).

Pero yo decía, si no estoy equivocado, que, acabada la guerra chino-finlandesa, fui detenido como espía moscovita por mis barbas patriarcales y malolientes, y fui sometido a un consejo de guerra compuesto por quince mil generales, todos ellos uniformados, que me absolvieron unánimemente y me repatriaron a mi país de origen. Cualquiera que fuera ese país, ni ellos ni yo lo conocíamos, de manera que volví tranquilamente a dormir bajo los puentes de diversos ríos de Europa, los cuales ya conocía de vista por las clases de Geografía que me daba mi profesor de gimnasia, en el tiempo que aún me obstinaba en aprender las cosas. Dniéster, Reno, Vístula, Guadalquivir, Elba, Nitra, Ródano, etc., etc. son nombres que se volvieron familiares a mis oídos de tanto oírlos murmurar a ellos mismos, y no a pobres profesores de escuela delante de grasientos mapas pegados a la pared; su cantilena por mucho tiempo sustituyó el dulce arrullo de mi madre en la patria desconocida, que, por otra parte, nunca llegué a conocer, pues nunca fui niño.

Fue por esa época que aprendí a tocar birimbao con un profesor del Conservatorio de Varsovia, *herr* Hepsteimm, y cuando también decidí hacer mi primera comunión por absoluto estado de hambre. De lo aprendido se dio la oportunidad de más tarde llegar a ser nombrado consejero musical en la corte de Luis II de Baviera, el mismo que tenía varios castillos sombríos y era dado a prácticas de ocultismo, a las cuales, por cierto, yo no era del todo ajeno.

(Pero confieso que el lápiz ya me pesa en la mano como si fuera el mástil de un circo o el propio eje de la Tierra, lo que me lleva a detener repentinamente estas reminiscencias

tan históricas y para mí tan queridas, que un día mostraré a mis compañeros de hotel para que ellos vean hasta dónde llega la fabulosa aventura humana, desde que – – –

Capítulo 18°

Lluvia, lluvia, lluvia.

Es la primera lluvia que presencio desde mi ventana de huésped, en este verano que bien puede ser primavera, pues no tengo noción del tiempo ni dispongo de una brújula para guiarme entre las horas del día y de la noche. Ayer el diputado que se sienta a la mesa a mi lado me aseguró que estábamos en agosto, y hasta hizo la señal de la cruz sobre el pecho para demostrar que no estaba mintiendo; pero yo tengo mis dudas al respecto y sigo creyendo que no estamos siquiera en enero o en marzo, pues el río que escucho a la distancia sigue avanzando por la derecha y es solo con la llegada de la primavera que él regresa por la izquierda y se torna realmente bello.

Supongo que me encuentro aquí aproximadamente desde hace unos veinte años, o unos cinco por lo menos, pues ya me acostumbé a la cama, a las sillas y a la mesita de noche, y no soy alguien que se acostumbre muy rápido a las cosas. Yo podría, bien lo sé, preguntar al criado o a la criada que me sirven todos los días, o incluso al propio gerente del hotel, o también a su joven esposa tan primorosa y ya tan bizca, el tiempo exacto que aquí me encuentro y el mes y el año que por ventura estamos viviendo en esta fría noche de lluvia; pero tengo miedo de que ellos me tomen por un maniaco que siempre quiere saberlo todo, a mí que tengo fama de ser tan discreto y tan educado, y prefiero morir sin saber el día de mi muerte a tener que causarles tamaña decepción.

Para el resto, la noche no es tan triste, y yo bien puedo, como quiero hacerlo, sentarme al borde de la cama, colocar las dos manos en la frente como lo haría cualquier sujeto de buen juicio, y distraerme así con el espectáculo de la pared siempre blanca y siempre inmóvil, a dos palmos de mi nariz. De momento, no tengo libros para leer, ni ellos me dan algo que me sirva y me haga más sabio de lo que ya soy, por las muestras que ya tuve en estos últimos tiempos. (La Biblia que me dieron para leer era exactamente igual a todas las Biblias que ya conocía antes de venir para acá, y la novela policial que en cierta ocasión

me prestó la empleada traía una historia ingenua y fácil de predecir, como pude verificar rápidamente por las últimas páginas). Tampoco tengo guitarra, ni piano, ni saxofón, de modo que la lluvia aún es lo mejor que podría sucederme en esta noche sin mes y sin año, pues las paredes blancas e iguales ya no me ofrecen ningún misterio, a fuerza de estar frente a ellas como delante de un espejo.

Exactamente: la noche fue creada para que los gallos duerman y que los insomnes royan su insomnio. *Que royan*; ¿no lo dije bien?

Me asombra —siempre me asombró— ver la facilidad con la que ciertas criaturas se recuestan en una almohada y, de pronto, caen en un sueño profundo, como si se hubiesen suicidado enteramente, sin ningún problema por resolver al día siguiente. Parecen muñecos de cuerda a los que de repente les faltara la cuerda, y su consciencia es también una simple cuestión de cuerda más o menos, como lo es también su voz, toda igual a la de un muñeco que dice mamá. En mí, el súper lúcido, el sueño fue siempre una conquista muy difícil, y su escalada a través de los años siempre me pareció más penosa y meritoria que la del Himalaya o incluso la del monte Everest.

Ahora la lluvia bailotea alrededor de mi cabeza, y en el hotel todos duermen o fingen que duermen por lo menos, en un silencio que marca con exactitud el ruido de la lluvia sobre el tejado. Si yo gritara es posible que la lluvia siguiera cayendo, pero el silencio por lo menos dejaría de existir dentro de mi cuarto y dentro de los cuartos vecinos, y la lluvia ya no tendría que marcar el compás unánime del sueño de todos los imbéciles de la tierra. Voy a gritar; ¡espera...! —No, es mejor que deje el grito para mañana, o para un domingo, que es el día de júbilo universal y es cuando todos gritan sin motivo o por los motivos más estúpidos. Ahora voy a peinarme el cabello con el agua de la lluvia, a mirar un poco más el cielo impenetrable a través de las rejillas de la ventana —por culpa de los ladrones— y después a recostarme sobre mi lecho, como un niño de dos años. En mis buenos tiempos esta era exactamente la hora en la que yo salía a la calle, con el paraguas abierto y el alma abierta de par en par, hasta que encontrara un bar simpático que nos acogiera a mí y al paraguas y nos dejase estar a solas hasta altas horas de la madrugada. (En este hotel, no sé por qué, el régimen es más severo que en otros, y el huésped no tiene derecho a poner el pie en la calle sin hablar con el gerente o con el subgerente, que por lo general le niegan la autorización. Cosas de la nueva democracia, me parece).

Otra cosa que la lluvia siempre me hace recordar son los muertos. Tuve un amigo que en cierta ocasión escribió esta frase lapidaria: *La lluvia da de beber a los muertos*, y quizá

por eso yo no pueda sentir la lluvia sin sentir la presencia de los muertos a mi lado, e incluso dentro de mí mismo.

Por otro lado, ¿no es verdad que los muertos han de sentirse aterrados dentro de la tierra encharcada y rezumada, sobre todo los muertos recientes y que todavía no están acostumbrados a su soledad? A mí, después de muerto, me daría igual que llueva o que deje de llover, pero aquella frase de mi amigo no deja de ser bella y profundamente inspiradora. No creo que la sed sea lo que más importune a los muertos en su silencio, pero la poesía es siempre necesaria y es bueno que los poetas estén acordándose de los muertos en los días de lluvia, como una madre de sus hijos.

Ahora que ya miré la lluvia una vez más, y que el silencio persiste dentro de este hotel mal iluminado —he de mudarme mañana—, lo que me queda por hacer es no hacer nada, como siempre, y esperar a que las horas se escurran lentamente y que mi cuerpo duerma antes que yo, por el peso del cansancio y de la más absoluta monotonía. He de recostarme como un faquir sobre los clavos de mi lecho —bella imagen, sin duda—, apagaré la luz, rezaré un padre nuestro —yo que no creo en Dios ni pienso que él pueda creer en mí— y fingiré estar muerto por algún tiempo, solo respirando y dejando que me palpite el corazón, por si las dudas. En la oscuridad la noche es completamente oscura, como lo pueden comprobar todos los insomnes de la tierra, y lo que nos queda es esperar que, incluso con lluvia, la alborada vuelva a rayar en el vidrio de la ventana, y con ella nuevamente las esperanzas y las ideas felices, que siempre son las mismas siempre, a pesar de todas las decepciones o quizá por eso mismo.

Capítulo doce

En el patio donde nos reunimos por la tarde para conversar, ayer estuve conociendo a un señor muy viejo y muy educado que dice ser representante del Emperador de Rusia, aunque no sepa ni una sola palabra de ruso, según pude constatar. Hablamos sobre diversos asuntos, tal como manda la buena diplomacia, y al final concluimos que a ambos nos gusta inmensamente el helado, sobre todo el helado de frutas, lo que nos dejó profundamente satisfechos por la feliz coincidencia.

El calor era tórrido, como conviene a una conversación sobre helados, y de inmediato se unió a nuestro grupo de dos el potentado hindú a quien le vendí por una ganga mi famosa colección de palitos de fósforo y que se llama, si no me equivoco, José. La conversación va, la conversación viene; cuando nos dimos cuenta ya éramos unos quince hablando al mismo tiempo y sobre los más variados asuntos, lo que motivó la interferencia de uno de los camareros del hotel que nos pidió silencio.

No entiendo, sinceramente, cómo un hotel de buena reputación como este permite que sus huéspedes se inmiscuyan en la conversación unos de otros sin siquiera ser presentados, creando situaciones, de vez en cuando, difíciles y ruidosas, que un día pueden muy bien conducir hasta al crimen. Ayer, si no fuera por la pronta intervención del referido *maitre-d'hôtel*, yo habría estrangulado con todas las fuerzas de mis dedos a una respetable doña que vive al otro lado del edificio y que, al pasar cerca a mí, me guiñó descaradamente el ojo izquierdo, y después el derecho, sin siquiera darme las razones por las que lo hacía, aunque esas razones me parecieran obvias. El profesor de matemática, que en su tiempo libre dice ser sobrino tuerto de Napoleón Bonaparte, me irritó con palabras de odio contra la pecaminosa y desconocida señora, y lo mismo hicieron unos dos o tres que se encontraban discutiendo a mi lado y que casualmente se habían enterado de lo sucedido. Felizmente el incidente fue solucionado y superado por la acción viril del *maitre* que se encontraba observando todo a poca distancia de nosotros, y también por la diplomacia realmente eficaz del representante del Emperador de Rusia que me aconsejó encender un cigarro y contar hasta ciento veinte.

En ese patio soleado, que es todo cuanto tenemos para esparcir nuestras muchas ideas, mientras no termina la desdichada guerra entre los bóeres y los negros —se sospecha la presencia de espías entre nosotros— aprendí a conocer una fauna rica y algunas veces milagrosa, como de seguro debe ocurrir en todos los hoteles finos y que se precien de serlos, sobre todo durante la guerra. Al principio, como manda mi alta categoría, procuré evitar contactos malsanos o por lo menos sospechosos, solo respondiendo con monosílabos a la pregunta de los desconocidos o incluso a la de algunos camareros encargados de tomarnos la temperatura para la estadística del gobierno. Con el tiempo, sin embargo, y sobre todo con el mal tiempo, me acostumbré a entablar conversación con uno que otro de esos compañeros de vigía, aunque manteniendo esa discreción que siempre me caracterizó incluso entre los más discretos, si no fuese yo un espía nato y prevenido contra todos los espías de este planeta.

Así fue que, sea a la hora de la comida, sea a la hora del descanso en el patio cercado por altos muros —para evitar ataques aéreos—, estuve conociendo íntimamente al famoso científico anónimo que en su tiempo libre escribe versos futuristas y se dedica a la fabricación de baleros sin pita, más livianos y más baratos que los otros. Me hizo una demostración práctica de su ingenioso invento, sirviéndole la cabeza como bola y uno de sus dedos como soporte de base, lo que me impresionó vivamente. Conocí, también, aunque menos íntimamente, un legado pontificio que se hizo pasar por modesto funcionario bancario para fiscalizar mejor los altos intereses de la Iglesia en todo el mundo, y que de cierta manera me confesó estar empeñado en la creación de un nuevo Dios —algo nunca visto— que le permita, un día, emanciparse económicamente. Ese mismo legado, por cierto, me presentó a su secretario particular y posiblemente el futuro Mesías resucitado, el cual durante todo el tiempo que conversamos, no dijo nada relevante ni se mostró impresionado con su bigote supersónico, limitándose a sonreír de vez en cuando a propósito de las cosas más serias.

También está el caso del ciudadano más negro que blanco, con lentes poderosísimos asestados sobre la nariz, y que en varias ocasiones procuró interesarme por la exploración de un yacimiento petrolífero de su propiedad, pero sin ninguna ayuda norteamericana, lo que siempre me pareció absurdo. Delicadamente le hice ver que no me gustaba el óleo, ni siquiera en las comidas, y que el asunto, a propósito, escapaba de mi fuero particular, estando como lo estoy casado con régimen de comunión de bienes. Ese mismo señor petrolífero, en cierta ocasión, lanzó a la hora del almuerzo un tenedor en plena nariz del legado pontificio, solo porque este no le quiso pasar una fuente de arroz, lo que me dejó una mala impresión e hizo que me apartara aún más de sus poderosísimos lentes. Parece que el escándalo fue tapado, o por lo menos no se volvió a hablar de él hasta la fecha, que es, si no me equivoco, 26 de febrero.

Otras personas, más distinguidas, que siempre soy obligado a ver, por fuerza del régimen de guerra al que estamos sometidos, son, por ejemplo, el gran artista Heliodoro Papanatas (griego) —irreconocible cuando se traviste de Dama de las Camelias— y que dos veces ya intentó suicidarse lanzándose contra la pared como una bola de pimpón; el sobrino tuerto de Napoleón Bonaparte al que ya me referí antes, pero que su alta ascendencia amerita aquí una nueva cita, como se hace en los campos de batalla; un misterioso señor Valadão, de cejas frondosas y que tiene el pésimo hábito de escupir por todas partes —a mí ya me escupió dos veces—, y que últimamente parece haber desaparecido de circulación, o por lo menos ya no lo he visto escupiendo sobre su propio plato de comida; el astrónomo

Dr. Keither, de ascendencia judía y Premio Nobel de Química de 1952, y que se muestra siempre muy afable conmigo, discurriendo horas seguidas sobre la importancia de las migraciones indoeuropeas sobre los descubrimientos etruscos y viceversa, para hablar solo de su tema favorito; el estudiante de filosofía que se hace llamar Vinicius, pero desconfío que tenga realmente otro nombre, y que tiene la manía de recitar versículos bíblicos sobre todos los temas e incluso sobre las cosas más escabrosas, como las nalgas de la esposa del gerente o subgerente, y que en verdad son muy voluminosas. Y aún muchos más, todos del sexo masculino y, algunos, dotados también de excelentes barbas, que nada tienen que envidiarle a las del poeta Walt Whitman o a las del rey Arturo.

Lo que por otro lado me parece inconcebible, en este hotel, es la separación arbitraria que hacen entre hombres y mujeres de ambos sexos, no permitiéndonos nunca, o casi nunca, ver lo que pasa en el pabellón que queda a la izquierda de mi ventana y donde, a juzgar por las voces, debe reinar una alegría típicamente femenina, alternada, es cierto, por uno que otro grito de pavor. Si no fuese por las empleadas del hotel, que son muy delicadas aunque no siempre bonitas, no sé cómo habría de ordenarme un día para contarles a mis amigos, allá fuera, las muchas aventuras fraseadas y sentimentales que sin duda aún están por sucederme en el futuro. Pienso una vez más que debo formular mi más vehemente protesta contra la manera extraña como nos vienen tratando, a todos, en este hotel que ni siquiera tiene un nombre decente, o si lo tiene no es de nuestro conocimiento ni consta en las colchas ni en las almohadas que nos dan para dormir. Mañana le informaré del caso al gerente, que ya me conoce de sobra, y si es necesario iré con el Presidente de la República y con su Excma. Esposa, que deben ser criaturas importantes y capaces de reconocer nuestros derechos.

(Es muy cierto que solo me interesan las mujeres de este hotel que sepan imponerse el debido respeto, y no esas que en un dos por tres están guiñándonos un ojo cuando por casualidad pasan a nuestro lado en los días de audiencia colectiva o en fiestas de celebración nacional. Exijo de mis semejantes, sean ellos del sexo que sean, el mínimo de maneras y gestos compatible con las buenas normas de la educación cristiana; y no es guiñándole los ojos a los otros que se ganará la fama de criatura civilizada y cien por ciento honesta, incluso durante un periodo difícil como este por el que visiblemente estamos pasando).

(Sin capítulo)

Ayer hubo un entierro aquí en el hotel. No fue de los más bellos, pero siempre alegró la vista.

Precisamente murió el actor Papanatas, que esta vez se lanzó contra la pared como si fuese una pelota de fútbol y no una de pimpón, y murió inmediatamente. Después de mucho insistir me dejaron ver el cuerpo, todo vestido de azul como una amapola. Traía las narinas abiertas, y no cerradas como yo suponía, para aspirar el aire del ambiente que tenía fuerte olor a vela. La cabeza estaba envuelta en una tela muy bien ajustada, ciertamente para que los sesos no se salieran por la abertura causada por la pared, ya que no pudieron salir por la boca, ni por la nariz, ni tampoco por los oídos. Pero era el mismo Papanatas de siempre, o de antes, la Dama de la Camelias, como a él le gustaba que lo llamaran.

Hubo mucho llanto, gracias a Dios; y yo temía que no lo hubiese, no sé bien por qué. Yo mismo arriesgué una furtiva lágrima, que cayó justo en la nariz de Papanatas y después resbaló por su boca, solo que no entró porque el pañuelo estaba muy bien amarrado y allí no pasaba ni un palito. Pero quien lloró de verdad fue una mujer de nalgas enormes —un poco calva, me pareció— y que, cuando dejaba de llorar, era para mirarme fijamente con su mirada sospechosa, como si hubiese sido yo el asesino de Papanatas y no él mismo. También lloró una chica en sus quince bellos años, muy linda para un funeral tan pobre, y con quien yo flirteé entre uno y otro llanto, para no dejar pasar tan bella oportunidad.

No hubo bizcochos, como es costumbre, ni siquiera una taza de té humeante y aromático, como en los buenos tiempos en que había un muerto dentro de nuestra casa o en casa de los vecinos más afortunados. En verdad todo se limitó a un espectáculo muy banal y en parte ridículo, del cual me aburrí de inmediato y traté de olvidarme así que me vi en el corredor, al lado de uno de los criados que gentilmente se ofreció a acompañarme.

Me gusta la muerte, en verdad, y sobre todo los muertos, pero me parece que Papanatas podría haber arreglado una muerte más digna y menos vulgar, con repicar de campanas por ejemplo y algunos fuegos de lluvia de plata, que son los más bellos para ocasiones semejantes. Voy a hablar con la esposa del subgerente sobre eso, para que ella venga a aplicarme la inyección de la juventud que el gobierno manda aplicar gratuitamente a todos los huéspedes del hotel.

Y, aprovechando, intentaré pasarle las manos por las rodillas, y si fuera posible por los muslos, aunque no lo permita el nuevo reglamento.